

por todo el mundo el renombre que vuestro valor merece. Y porque parecería larga licencia si se supiese que por mi ruego se hacía esto, os suplico que cuando estemos en Costantinopla lo pidáis al emperador. (III, cap. 30, ff. 236v; p. 414).

### 11. El viaje de emperadores, reyes, caballeros y doncellas hacia la Ínsula Riscosa

Como los emperadores viessen la muchedumbre de príncipes y cavalleros, princesas, infantas y donzellas que en Costantinopla se avían juntado, acordaron de poner por obra el viaje de la Ínsula Riscosa, y luego mandaron proveer las naos que para ello les pareció. Y como en toda Grecia y en otras muchas partes se publicasse por cosa cierta que los emperadores hazían este viaje, y

oviessen oído las estrañas cosas que de la Ínsula Riscosa se dezían, antes que los emperadores se embarcassen ya la ínsula estava llena de muchas y diversas gentes [...]. Con lo cual aquel gran historiador Philosio dio fin a la tercera parte d'esta gran historia, y dexó para contar en la cuarta parte el successo que estos valerosos emperadores y grandes príncipes y cavalleros tuvieron en este viaje de la Ínsula Riscosa, y lo que en las estrañas pruebas della les acaeció a ellos y a todas aquellas princesas, infantas y grandes señoras, junto con otras grandes y diversas aventuras y notables hechos que acaecieron. Y también dirá en ella el fin de los honestos amores del príncipe Felixmarte, y de todos los otros príncipes y cavalleros, como con la ayuda de nuestro Señor se verá luego en la cuarta parte que se queda imprimiendo. (III, cap. 41, ff. 255r-256v; pp. 446-448).

### 39. FILORANTE

(finales del siglo XVI)

por  
José Manuel Lucía Megías

#### TESTIMONIO

[1] Madrid: Biblioteca Zabálburu: Ms. 73-240 [→]

#### TEXTOS

### 1. Escena cortesana después de cenar

Después de alçadas las tablas que media ora antes de la noche era, tornaron a recrear en torno de aquellas

**BIBLIOGRAFÍA:** Eisenberg-Marín: n° 1759. **ESTUDIO:** Lúcia Megías (1998).

hermosas fuentes a donde con acordados instrumentos aquellas fermosas doncellas principiaron a tañer y cantar suavemente canciones de amor dulce y gustosas, encendiendo más a Belamir y a la hermosa Florecinta, haciendo sospirar y sentir gran dolor a Filorante porque no bía doncella por hermosa y agradable que fuese que su señora semejaze, a cuya causa lo presente le dava mucho afán, aunque todas aquellas cosas convocaban a deleite, tanto verde prado con fuentes de mármoles y metales artificiosamente labradas y árboles con abes que gran armonía por ellos tañían, mezclándose la música con el eco de las aguas y remor de las ojas de los árboles que el suabe biento movía acordados con los suabes instrumentos y delicadas boces. Y principiando el día a escurecer todos se metieron en el sumptuoso castillo. (ff. 2r-v).

## 2. Escena erótica

**P**ues quedando los caballeros en sus lechos, partiéndose las doncellas para los suyos, quedando aquellas estancias con mucho silencio, no pasando gran pieça cuando Belamir oyó entre las rosas y berdes arrayanes de sus pabellones gran remor y, alçando la cabeça, bio entrar dos doncellas con sendos candeleros de plata en las manos y en ellos belas de blanca cera ardiendo, y tras ellas la hermosa Florezinta casi desnuda, con ropa de seda jaldes sin mangas sembradas de clavellinas rojas y un corto manto de seda roja aforado en cendal jalde y un fermoso tocado de oro con mangas anchas de camisa, y la ropa y camisa escotadas de manera que traía descubiertos sus albos y fermosos pechos y garganta porque, como vos diximos, por ser de poca hedad tenía acordado de nunca se casar sino de goçar todo deleite, y assí el caballero que le

bien parecía daba lugar que gozasse d'ella y tenía consigo muchas doncellas de su hedad y condición, aunque abía tan poco tiempo que esta bida facía que sólo dos caballeros de su amor habían gozado. Así que entrado de la manera que oído abéis debajo de el pavellón de Belamir, biéndole alborotado en la ber dijo con mucho donaire:

-Membreseos, buen señor, de lo que poco rato ha os dije, que no abiaes acabado la abentura, pues no me á salido como yo cuidava, que pensando benceros me avedes bencido. No sé qué gloria beniros puede del bencimiento de una delicada doncella que se no bos á podido ni sabido defender.

En esto las doncellas, dejando las belas a una parte del pabellón, se salieron fuera a tiempo que Belamir saltó del lecho; travándole por sus fermosas manos le respondió:

-Si tanta fuerça y poder, señora, tienen los bencidos en esta tierra, poco podrán con ellos los bencedores.

Tomándola entre sus braços, dejando ella caer las ropas que traía, entraron en el rico lecho donde a gran savor y deleite cumplieron sus voluntades.

A este tiempo abino Albasilvio que al punto que sus ojos cerraba para dormir sintió a la puerta de su pabellón pisadas como de persona que en él entrase y sentándose sobre el lecho por mexor atender lo que ser podría, sintió venir el pabellón adentro una persona. Entonces él saltó ligeramente de el lecho queriendo tomar su espada y manto que cerca d'él tenía, oyó una boz muy baja y delicada que le dixo:

-Caballero, no abedes menester esas armas para buestra captiva, que sin ellas podedes hazer d'ella a buestra guisa.

Quando Albasilvio oyó las dulces razones y conoció ser doncella, turbóse más que si con diez caballeros se obiera de combatir, porque nunca en semejante

batalla bisto se avía, mas biendo ser gran cobardía en tal lugar y coyuntura reusalla, especial siendo además fermossa, acordó de folgar con ella; tomándola entre sus braços, le dijo:

-Señora, bed aquí vuestro cautibo; si en algo mi corazón os ha ofendido, aquí yace donde podéis d'él tomar bengança.

Y dejando la doncella una ropa luen-ga que sobre su delgada camisa traía, se metieron los dos en el lecho gustando y gozando de aquel deleite que ninguno d'ellos hasta entonces sentido havían, quedando Albasilvio muy pagado d'ella y con gran raçón porque era la más apuesta doncella de cuantas allí abía, y era cormana de Florecinta; y pagóse ella tanto de Albasilvio que sin que él ni otra persona alguna la conociese deliberó de venir a le dar su amor y como a otro nunca dado lo avía quedó d'él tan pagada que todo lo restante de su vida lealmente lo amó, no se queriendo casar. (ff. 2v-3r).

### 3. Lamento de la reina Altinea por el desamor que le demuestra el Caballero de las Penas

-**Y**o no sé qué debo a Amor para que me dé tan triste vida, haciéndome morir amando el más desmesurado caballero y sin amor para mí que nació. ¡Ay, desconocido Caballero de las Penas! Todos los que te conocen te dan fama de bueno y mesurado. ¿Cómo fuiste conmigo tan cruel y sin medida mintiéndome en decir que no conocías al Caballero de las Penas, mas que la princesa Felisalva de Grecia que nunca te conoció bien? Sin mentirme podías escucharte con decir que ganaste la Flor Amorosa por buen amador y que amarme no podías por amar otra doncella, y así con este desengaño yo me volviera a mis reinos y, ¡por bentura!, mi agradable vida.

Mucha razón tengo de tomar bengança de tu mentira y menosprecio. Mas, ¿qué digo? que no podré, que mucho te amo.

Y dando fin a este raçones quedó gimiendo y llorando. (f. 125v).

### 4. Prueba de Paris

**R**ecibiendo gran pesar [*Altinea*] de la folgança que Felisalva tomaba en este raçonamiento, el cual estorbó Gayo César que vino muy ufano diciendo:

-¡Goçaos, señoras, y mostraos loçanas que ya estaes en el foco de la discordia donde beremos quién es cada cual!

Altinea hera tan sañuda y celosa que no le plugo responder ni hablar a Gayo César como solía. En esto no se espantando, en poco llegaron cerca de un río fondo donde a la otra parte d'él bieron la maravillosa morada de Enone y, aunque por la espesa y alta arboleda no podían ber sus edificios ni gentileças, y buscando por donde badear el río, hallaron una estrecha y larga puente de mármol que al fin d'ella començaban las altas y encantadas columnas, términos de la fermosura y esfuerço; con mucho, cosa maravillosa fue de ber la delicada arte de las colunas porque heran tan altas que apenas una águila puesta encima se debisaba. Estaban por ellas muchas imágenes de cavalleros y doncellas que la abentura probado abían, con tal concierto que la más alta no se mostraba menor ni mayor que la más baja. Heran puestos estos mármoles por tal ordenadas ileras que no salían la una de la otra haciendo una calle muy luengua [*sic*] y ancha de siete pasos; y de un mármol a otro abía instancia de seis pasos, y al fin d'ellos en la frontera de la entrada heran las imágenes de las tres diosas; y entre ellas la de Paris con su arco en la mano y una flecha como llama de fuego puesta en él, encarando facia la puente, mos-

trando querer defender a las diosas. Detrás de estas imágenes se bía una gran puerta de alabastro, assí que biendo el emperador y todos los que con él benían la puente y edificios, estubiéronlos una pieça mirando. A la mano diestra de la puente bieron un padrón de alambre escripto en lenguaje griego antiguo. El emperador quiso leer sus letras, las cuales decían:

*A vosotros los que por aquí pasaes, si abedes de ser de fama eterna, punades pasar los mármoles y ganar los precios; y abiso os que el justo Paris conbierte el olvido la memoria y acuerda lo olvidado. Esto postrero que vos digo durará hasta que el cielo haya dado la buelta redonda*

Supo el emperador leer las letras, mas no entender las palabras, y bolviéndose a la emperatriz, mandó a todos que se pusiesen por la ribera de el río donde muy bien se podía ber la prueba, y que no pasasen la puente sino aquellos que la abentura abían de probar. Y ansí fue luego hecho. Gayo César andaba muy ardid queriendo ser el primero de la prueba diciendo:

-Pésame que no es peligrosa, mas quien es, dará bien que reír aquellos que a nosotros no llegarán.

Y apeándose de su cavallo con brabos ademanes, metiendo mano a la espada, rebolviendo un rico manto al brazo, entró por la puente adelante esgrimiendo por el aire la espada. Todos cuidaban que abían de ganar el arco, si por denuedo y de menos coraçón ganarse pudiese. Apenas llegó al primer mármol cuando se paró sin poder dar paso adelante, dando golpes por el aire y altas bozes diciendo:

-¡Señores, sedme testigos que fieros jayanes y monstruos me defienden el paso porque no gane el arco!

A demás reían todos cuan corto parado abía y mucho más rieron cuando bie-

ron después en el primer mármol junto a tierra su imagen al natural tan brabo como él hera. Y bolbiéndose muy sañudo a maravilla de la cortesía de quien le tubo, acontencióle que no le firió Aris porque, como no desamaba cosa nueva, que esto tubo Gayo César, que nunca miró dueña ni doncella que la desamase.

Luego tras él, pasó Floriarte que, aunque avían aquel día muerto a su cormano Begadel, no mostró pesar ni sentimiento alguno por aber muerto peleando en socorro de su rey y señor. Llegado que fue a los altos y maravillosos mármoles donde a la entrada de la imagen de Paris, como hera de costumbre, no se biendo ni sintiendo ál sino un golpe en los pechos pareciéndole una llama de fuego que se le abía lançado por él, sintiendo un ardor juntamente con un frío, mas no para que le diese dolor, y no curando d'ello pasó cinco mármoles y, abiniéndole lo que a Gayo César, que hera parecerle que fieros jayanes y monstruos le ponían fuertes armas en los pechos no le consintiendo adelante pasar, de manera que le combino volverse atrás por donde venido abía, quedando su imagen entre otras muchas figuras que allí abía en la quinta columna, aunque no la miró porque le bino un pensamiento tan grabe y triste y un desamor de su señora, que final se bolbió amando a Federnisa en aquel grado que antes le amaba y amando una dueña de Constantinopla que mucho aborrescía. Y llegando ante el emperador, contóle lo que le abía acontescido, mas no la mudança de su pensamiento porque aún bien no la entendía. Preguntáronle si le avía fecho mal aquella furiosa flama de fuego que la imagen de Paris lançado le abía; dixo que no ál de sentir un fuerte ardor y un frío casi todo en un punto y que se le abía quitado luego.

Tras él pasaron dos cavalleros de la reina, llegando el uno al cuarto mármol

y el otro al segundo, donde sus imágenes quedaron, abiniéndoles con la de Paris que salieron desamando a quien más amaban y amando a quien más aborrescer solían. Otros caballeros la probaron, no pasando alguno de la sesta coluna, saliendo con la confusión que los primeros donceles. El Galán llegó hasta la octava coluna, tornándose desde allí desamando a su señora Aureliana, apartándose d'ella por no le hablar, de lo que ella no poco se maravilló. Assí mismo Bictorino llegó a la octava columna saliendo desamando a su señora Polinelda, que ninguna razón para ello tubo, pues

tan bien ella lo avía tratado, quedando su imagen de los dos por el orden que las demás de los cavalleros; y fuese a raçonar con una doncella de la condesa de Berón, a quien mucho antes desamar solía; a demás sintió esto la fermosa Polinelda y dijo:

-Aquilina, ¿no béis cómo Victorino muestra no conocerme y cómo se á ido a raçonar con aquella que él tanto desamar solía? ¿Qué me decides d'esto?

Aquilina le respondió:

-No os dé pena este cuidado, que los hombres tienen esa libertad para todo. (ff. 181r-v).

#### 40. FLOR DE CABALLERÍAS

de Francisco de Barahona  
(finales del siglo XVI)

por  
José Manuel Lucía Megías

##### TESTIMONIO

[1] Real Biblioteca (Madrid): ms. II/3060 (*olim* IV.C.2) [→]

##### TEXTOS

#### 1. De la extraña aventura que el príncipe Rosildarán de Tracia encontró en el mar

Semejantes pensamientos -criados por la malicia de Eulogio- el ínclito príncipe estuvo hasta la mañana que algo lexos sobre la mar descubrió un alto edificio y maravillado se armó y mandó a los marineros que guiasen la nave y, cuando fueron cerca, vieron una alta torre por abaxo cuadrada y muy ancha y

por lo alto se iba ensangostando, a manera de pirámide. Era labrada de piedra negra con algunas labores de pardo y oro, que dando en ellos los rayos del ya salido sol hacía muchos vislumbres. Tenía esta torre una puerta alta que no podían subir sino por escala y encima de ella avía alçada una puente levadiça. En la pared de la torre avía unas letras y llegando la nave vio par de ellas una vocina colgada y las letras leyó y vio que así decían:

**BIBLIOGRAFÍA:** Eisenberg-Marín Pina: n° 1762. **EDICIÓN:** José Manuel Lucía Megías (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997. **ESTUDIO:** Lucía Megías (1997).